



Alonso Zamora Vicente

# Colegio

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

## Colegio

Este niño, siempre aquí metido, nunca vas a ser hombre de provecho, te irás al Colegio con tus hermanos. Al Colegio. Ya no más ese momento de la salida para el Colegio, los veo marcharse, la bufanda bien subida, el humo del aliento saliendo por encima de las vueltas, el cuello del abrigo alzado, o la capucha del impermeable levantada, bajan contentos como si todo fuese mentira, y luego me asomo al balcón para verlos pasar, ya se van dando patadas o tirándose los libros. No, ya no más verlos marcharse, recién levantados de la mesa del desayuno, y dónde está mi Geografía, dame que me compre un lápiz, ya no oiré más deja que tus hermanos se laven primero. No. Ahora me iré yo también con ellos. Al Colegio, libros, a sumar deprisa, no equivocarse nunca en el cambio cuando se vaya a comprar [116] algo. Primera mañana, el invierno en la calle, ruidos apagados, niebla suavecita, muchas cosas de estrena. Un pantalón nuevo, las botas recién limpias y muchas veces cuándo nos vamos. Colgada del hombro, la cartera; una cartera de cartón con dos hebillas, comprada la tarde antes en la Plaza del Ángel, quizá en el Todo a 0,65 pintado de rojo con soldados de plomo en el escaparate, y un canguro que baja por un cartón, trenes de cuerda, útiles para los escolares. Hubo muchas dudas, me gustaban más los portalibros, tan brillantes, color guinda, con las correítas buenas y el asa de metal. Las carteras tiene las correas de badana, se rompen enseguida, y, además, yo no voy a tener libros grandes todavía. El libro mío: muchos dibujos, letras grandotas. B, y un burro, un banco, un balcón, una berenjena. Se llama Cartilla. Cartilla animada. Un lápiz Faber del número 2 y dos cuadernos pautados sistema Valliciergo. Al Colegio, y no te separes de tus hermanos, cuidado al cruzar, y no se te vaya a ocurrir venirte solo a la salida, y muchos en el Colegio no se llora.

Frío en la calle. Están regando, barriendo. Mis botas, se van a ensuciar mis botas. Me oprime imperceptiblemente mi delantal blanco, nuevo, bajo el abrigo. ¿Se habrán acordado de ponerme la cintita negra en la solapa? Lo compruebo, y una calma tibia, dichosa. El lápiz salta en la cartera con un estrépito oscuro, repetido. T, colorada, y un tren, una torre, un toro. Donde viene el toro es la T. Hay [117] que ir por enmedio de la calle porque sacuden alfombras por los balcones. ¿Por qué no me han comprado a mí una Enciclopedia, o una Geometría? La cartilla es más bonita que el Manuscrito de Paluzié, donde lee Paco. Ya entramos. El guardián me lleva a un sitio donde no conozco a nadie, empiezo a apurarme, una turbación extraña no conocer a ningún chico, todos me miran, hay uno bizco, y el abrigo, no me lo irán a perder, dónde se lo llevan, al salir no sé si yo le voy encontrar, me regañarán si lo pierdo, y: niño, ven a leer. Y yo no sé leer, ni nada, y todos me miran, qué bien ahora en casa, ya habrán llevado los periódicos y quizá esté puesto el brasero, aún me quedan ocho calcamonías para hacer. Están leyendo uno tras otro, ya mayores, y no sé qué es ese mapa, una especie de gusano, no lo he visto nunca y me levanto a mirarlo de cerca, y el primer torniscón por moverse del sitio sin permiso, y ya te querías ir a Cuba, y tiempo tendrás, ojito con moverse.

Tengo desazón. Con la prisa de ir al Colegio no me acordé de hacerlo en casa, antes de salir. Y tengo gana. Bueno, ya pasará. Una voz ha dicho ¡Corazón!, y todos hurgan en sus pupitres y sacan un libro. Será eso Corazón. Y leen una historia muy bonita de un niño en la guerra, era tambor de un regimiento. Yo voy teniendo más ganas. El maestro explica dónde cae Italia, yo he oído hablar de eso, y digo algo, y: usted se calla, aquí no se viene a hablar, espere a que le pregunten. Miro los mapas, el crucifijo [118] grande en la cabecera de la clase, oigo el ruido de la calle entrando por las ventanas. Se oyen soldados afuera, no me atrevo a ir a verlos, pero, sin querer, doy con los pies en el suelo siguiendo el compás, y otro capón, y aquí no se hace eso, y más respeto, nos ha venido buena con el nuevo. Esto debe ser muy gracioso, porque todos se ríen, y yo, con el sofoco, tengo más ganas de orinar y no sé cómo decirlo, ni a dónde se hará. Me parece que me lo voy a hacer encima. No me atrevo a levantar los ojos, siempre tropiezo con alguno mirándome. Ese bizco de enfrente no sé si me mira a mí o a quién, pero me le topo fijo en cuanto le busco. Ya estará el sol en la esterita de casa, polvillo leve en el rayo, alguna construcción podría estar pegando. Me duele de estar sentado tanto tiempo, y, además, me voy a... C, azul, grande y curvada, y una casa, un colchón, un coche, un cerrojo. Ya no puedo más, bailo y casi lloro (en el Colegio no se llora) y el chico de al lado avisa, y me mandan a los lugares, que no sé dónde están, pero los busco, un rastro húmedo a trechos en el suelo del pasillo.

Cuando vuelvo, no me decido a entrar, una vergüenza ensanchándose, esperaré un ratito en el pasillo, a ver si se seca del todo el pantalón, que me tira un poco. El maestro ha salido y hay alboroto en la clase, y gritos. Me acerco, y uno muy mayor ¿Qué haces ahí?, te apunto, y pregunta cómo me llamo y escribe algo en el encerado, debe de ser mi nombre. Como no me atrevo a entrar todavía, dice [119] que me va a poner una cruz, y va al encerado y pinta una cruz detrás de lo que escribió antes. Escozor de saber que nos están mirando todos a la vez, presentimiento afrentoso de que ya sabrán en casa que casi me he, bueno, encima, y tan grandullón, seis añazos, angustia que va y viene, una imprecisa pena fatigándome la boca. El chico que sigue apuntando, lo borra, amenaza y más apuntar, y nos veremos a la salida, y el alboroto crece cada vez más, apenas se oyen los tranvías en la calle. Entra el maestro y el chico vigilante empieza a decir monótono, un tremendo cansancio en la voz, Machichaco en Vizcaya, Ajo en Santander, Peñas en Oviedo, y... y... y..., y el maestro le da con una palmeta donde puede, añadiendo Palos, Palos en Murcia, San Antonio en Alicante, y todos los demás se ríen, y el que está a mi lado aprovecha el barullo para decirme si cambio estampas, y me enseña muchos recordatorios de primera comunión, Creus en Gerona, y a ver quién ha copiado el trozo del Quijote. Los chicos se amontonan, papeles en alto, sobre la mesa del maestro, y los demás cambiamos increíbles tesoros, hablamos con torpe disimulo, mentimos los oficios y nobleza de nuestros padres, de nuestros juguetes, y, alto, no me da la gana de prestarte mi lápiz, y, junto al tirón del maestro, qué te crees tú que es esto, de rodillas hasta el recreo. Pero ni el más suave puchero, no me podréis decir nunca en casa que no supe resistirme.

Suena la campana para el descanso, todos se [120] apretujan y agolpan, gritando. Yo salgo el último, sin soltar mi cartera. O, la redonda y verde, y no me acuerdo de cosas que empiecen por O. Insufrible griterío, un viento que se acerca, remolino rápido, y un hondo silencio repentino, otra vez el ruido, ¿no juegas a pídola?, ven a jugar a las bolas, tenemos un guá libre. Cosas que empiecen por O. Bolas de colores, de barro y de piedra, algunas de cristal, con estrías rojas y amarillas (algo en la mano resucita el caramelo), frialdad redonda el estallido de su pequeño golpe al jugar, y no es herida, y máta. A la una andaba la mula, piso la raya y me toca quedarme, y, mientras los demás saltan por encima, borroso venir de

cosas con O, las del libro, ya, ya me acuerdo, oye, no me des los liques tan fuerte, animal, y mido otra vez pie atravesado y otro a la larga, y no hagas trampas, un árbol es lo que empieza con O, la campana suena loca, ya le tengo en la punta de la lengua, hondísimo brotar, y a quién llamas Olivo, aquí nadie se llama así. Todos a clase, frío inútil, innumerable regreso de la niebla, ya sentado, mientras crece, livianamente tibio, el run-run de la tabla de multiplicar, dos por dos cuatro, el maestro lee el periódico, indiferente al clamor total (olivo, ogro, órgano, ombligo, cosas con O), cinco por tres quince -¡Aquel rincón no canta!, y otra vez al periódico- ninguno oyendo la voz propia, matemáticamente desterrada. Si encontraré mi abrigo. La campana. Las doce en el reloj, las dos manillas juntas arriba, un padrenuestro devorado, y los mayores [121] que oyen una vez más devuelvan ese atlas con el Imperio austro-húngaro, que se lo den más moderno, y, escalera abajo, escupir y tirar papel mascado al cartel: Prohibido escupir. Regreso despacito, sol bueno del mediodía, esta tarde podré dejar sin miedo el abrigo, abrigo empieza por A, creí que lo perderían, dos dedos en alto para ir a los lugares, suena bronco el lapicero en la cartera, como un agua fluyendo, nadie da importancia a lo que me ha pasado, algo de humedad aún, y hay que volver enseguidita, esta tarde tendremos dictado, tú no harás más que palotes, mañana y tarde repetidas -¿cuántas veces?-, resurgido tacto de la primera cartera, comprada en el Todo a 0,65, la dócil costumbre del libro en la mano estrenando su vuelta irreparable.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



**editorial del cardo**